

## VII. LAS CAMPANAS DE SAN PASCUAL

La gente de Diamante pronto percibió que la esposa de don Fernando, doña Miguela, no era sino una niña grande. Nunca podría conseguir mostrarse como una mujer de mundo, y no era realmente sino una niña. Y no se esperaba otra cosa, tras la vida que había llevado.

No había visto nada del mundo sino sus teatros, museos, salas de baile, paseos y pistas de carreras; y todos esos son sólo lugares de recreo. Nunca se le había permitido caminar a solas por la calle. Nunca había trabajado. Nadie le había nunca hablado en serio. Ni siquiera se había enamorado de alguien.

Después de mudarse al palacio de verano olvidó sus preocupaciones con tanta alegría y facilidad como lo hubiese hecho un niño. Y se mostró que tenía la disposición lúdica de un niño, y que era capaz de transformar y cambiar todo su ser.

El viejo y sucio pueblo sarraceno de Diamante le parecía a doña Miguela un paraíso. Dijo que no se había sorprendido en absoluto cuando don Fernando le había hablado en la plaza, ni cuando le propuso matrimonio. Le parecía muy natural que cosas así sucediesen en Diamante. Había visto inmediatamente que Diamante era un pueblo donde los hombres ricos salían a buscar a señoritas pobres y desgraciadas para convertirlas en las señoras de sus palacios de lava negra.

También le agradaba el palacio de verano. La cretona descolorida, de cien años de antigüedad, que cubría el mobiliario, le contó historias. Y halló un significado profundo

en todas las escenas de amor en las paredes entre pastores y pastoras.

Pronto había hallado el secreto de don Fernando. No era un tendero ordinario de una calle secundaria. Era un hombre ambicioso, que recogía dinero a fin de readquirir las posesiones de la familia en el Etna y el palacio de Catania y el castillo del interior. Y si iba con chaqueta corta y sombrero de punta, como un campesino, era para antes ser capaz de mostrarse como un grande de España y príncipe de Sicilia.

Después de que estuvieron casados, don Fernando siempre aprovechó cada noche para ponerse un abrigo de terciopelo, agarrar su guitarra bajo el brazo y colocarse en la escalera hacia la galería en la sala de música, en el palacio de verano, y cantarle canciones.

Cuando doña Miguela hubo estado casada unos cuantos meses, su padre fue liberado de prisión y fue a vivir al palacio de verano con su hija. Le gustó la vida en Diamante y se hizo amigo de todo el mundo. Le gustaba hablar con los avicultores y los vendimiadores que conocía en el Café Europa, y se entretenía cada día cabalgando por las laderas del Etna para buscar antigüedades.

Pero en modo alguno había perdonado a su hija. Vivía bajo su techo, pero la trataba como a una extraña, y nunca le mostraba afecto. Doña Miguela le dejaba hacer y pretendía no darse cuenta. No podía tomarse su acritud en serio por más tiempo. ¡Aquel viejo hombre, al que amaba, creía que sería capaz de continuar odiándola año tras año! ¡Viviría junto a ella, la escucharía hablar, vería sus ojos, se envolvería en su amor, y podría continuar odiándola! Ah, ni la conocía a ella ni a sí mismo. Solía sentarse e imaginar cómo sería cuando él se viera obligado a reconocer que le había conquistado; cuando él fuera a ella para mostrarle que la amaba.

Un día doña Miguela estaba en su balcón, saludando con la mano a su padre, quien se alejaba cabalgando en un poni pequeño, marrón oscuro, cuando don Fernando subió desde

la tienda para hablar con ella. Y lo que don Fernando quería decirle era que había conseguido la admisión de su padre en la “Hermandad del Sagrado Corazón” en Catania.

Pero aunque don Fernando habló muy distintamente, doña Miguela no pareció entenderle en absoluto.

Tuvo que repetirle que había estado en Catania el día anterior, y que había conseguido introducir a su padre en una hermandad. Estaba previsto que entrara en un mes.

Ella sólo preguntaba: “¿Qué quiere decir eso? ¿Qué quiere decir eso?”

“Oh”, dijo don Fernando, “¿no puedo haberme cansado de comprarle a tu padre vinos caros del interior, y no puedo acaso desear cabalgar hasta Domenico?”

Cuando hubo dicho aquello, quiso marcharse. No había nada más que decir.

“Pero primero dime qué clase de hermandad es”, dijo ella. - “¿Qué tipo! Muchos ancianos viven allá”. - “¿Ancianos pobres?” - “Oh, bueno, no muy ricos” - “¿No tienen habitación para ellos solos, supongo?” - “No, pero los dormitorios son muy grandes” - “¿Y comen en cuencos de hojalata en una mesa sin mantel?” - “No, son de porcelana” - “¿Pero sin mantel?” - “¡Señor, si la mesa está limpia!”

Añadió, para acallarla: “Allá vive gente muy buena. No fue sin dudas que aceptaron recibir al caballero Palmeri, por si te interesa saberlo”.

Acto seguido don Fernando se fue. Su esposa estaba desesperada, pero también muy enfadada. Pensó que se había despojado de rango y clase y convertido en un vulgar tendero.

Dijo en alto, aunque nadie la oyó, que el palacio de verano era tan sólo una gran, vieja y fea casa, y Diamante un pueblo pobre y miserable.

Naturalmente, no permitiría que a su padre le abandonasen. Ya vería don Fernando.

Cuando hubieron acabado de cenar don Fernando quiso ir al Café Europa a jugar al dominó, y buscó en derredor su

sombrero. Doña Miguela lo cogió y le siguió afuera hasta la galería que discurría alrededor del patio. Cuando estuvieron lo bastante lejos del comedor como para que su padre no fuera capaz de escucharles, dijo apasionadamente:

“¿Tienes algo contra mi padre?” – “Es muy caro de mantener” – “Pero tú eres rico” – “¿Quién te ha dado tal idea? ¿No ves como paso apuros?” – “Ahorra de otra manera” – “Ahorraré de otras formas. Juanita ya ha tenido suficientes regalos” – “No, economiza en algo mío” – “¡Tú! Tú eres mi mujer; tendrás lo que has de tener”.

Ella permaneció en silencio durante un momento. Pensaba en qué decirle para asustarle.

“¿Si soy ahora tu mujer, sabes por qué es?” – “Oh sí” – “¿Sabes también lo que me prometió el sacerdote?” – “Eso es asunto suyo, pero hago lo que puedo” – “Habrás escuchado, tal vez, que rompí con todos mis amigos en Catania cuando escuché que mi padre les había pedido ayuda y no la había obtenido” – “Lo sé” – “¿Y que llegué aquí a Diamante a fin de que él pudiera evitar verlos y avergonzarse?” – “No irán a la hermandad” – “¿Sabiendo todo esto, no temes obrar en contra de mi padre?” – “¿Temer? No tengo miedo de mi esposa”.

“¿No te he hecho acaso feliz?” preguntó ella. – “Sí, por supuesto”, respondió él con indiferencia. – “¿No has disfrutado cuando me cantabas? ¿No te ha gustado que te considerase el hombre más generoso de Sicilia? ¿No te ha alegrado que fuera feliz en el viejo palacio? ¿Por qué ha de acabarse todo?”

Él le puso la mano en el hombro y le advirtió. “¡Recuerda que no estás casada con un caballero primoroso de la vía Etnea!” – “¡Oh, no!” – “Aquí arriba en la montaña las costumbres son diferentes. Aquí las mujeres obedecen a sus maridos. Y no nos importan las palabras bonitas. Pero si las queremos sabemos cómo conseguirlas”.

Ella se aterrorizó al escucharle hablar así. En un momento estaba de rodillas ante él. Estaba oscuro, pero entraba la suficiente luz desde las otras habitaciones como para que

él pudiera ver sus ojos. En ardiente plegaria, gloriosos como estrellas, estaban fijos en él.

“¡Ten piedad! ¡No sabes cuánto le amo!”. Don Fernando se rió. “Deberías haber empezado por ahí. Ahora me has hecho enfadar”. Ella aún se arrodillaba, levantando la vista. “Está bien”, dijo él, “que sepas cómo habrás de comportarte a partir de ahora”. Ella aún estaba de rodillas. Entonces él preguntó: “¿He de decírselo yo, o lo harás tú?”.

Doña Miguela se avergonzaba de haberse humillado. Se alzó y respondió imperiosamente: “Yo se lo diré, pero no hasta el último día. Y tú no dejarás que se dé cuenta de nada”.

“No, no lo haré”, dijo él, imitándola. “Cuanto menos se hable sobre ello, mejor para mí”.

Pero cuando se hubo marchado, doña Miguela se rió de don Fernando por creer que podía hacer lo que quisiera con su padre. Conocía a alguien que podría ayudarla.

En la catedral en Diamante hay una imagen de la Virgen que obra milagros, y esta es su historia.

Hace mucho, mucho tiempo, un santo ermitaño vivía en una cueva en Monte Claro. Y este ermitaño soñó una noche que en el puerto de Catania había un barco cargado con imágenes de santos, y entre ellas había una tan sagrada que los ingleses, que son más ricos que nadie, hubiesen pagado su peso en oro por ella. Tan pronto como el ermitaño se despertó de este sueño se dirigió a Catania. En el puerto había un barco cargado con imágenes de santos, y entre las imágenes había una de la sagrada Virgen que era más sagrada que todas las demás. El ermitaño rogó al capitán que no se llevara la imagen lejos de Sicilia, sino que se la diera. Pero el capitán le rechazó. “Me la llevaré a Inglaterra”, dijo, “y los ingleses pagarán su peso en oro”. El ermitaño reanudó sus peticiones. Al fin el capitán hizo que sus hombres se lo llevaran a la orilla, e izó la vela para partir.

Parecía como si la sagrada imagen fuera a perderse para Sicilia; pero el ermitaño se arrodilló sobre uno de los bloques

de lava de la orilla y le rezó a Dios que no sucediese así. ¿Y qué pasó? Que el barco no pudo partir. El ancla estaba levada, las velas izadas, y el viento era fresco; pero durante tres largos días el barco permaneció tan inmóvil como si hubiera sido una roca. Al tercer día el capitán cogió la imagen de la Virgen y se la arrojó al ermitaño, quien aún estaba en la orilla. E inmediatamente el barco se deslizó fuera de puerto. El ermitaño llevó la imagen a Monte Claro, y está aún en Diamante, donde tiene una capilla y un altar en la catedral.

Doña Miguela se dirigía ahora hacia esa Virgen a orar por su padre.

Buscó la capilla de la Virgen, que se había construido en una esquina oscura de la catedral. Los muros estaban cubiertos con ofrendas votivas, con corazones plateados y cuadros dados por todos aquellos a quienes la Virgen de Diamante había ayudado.

La imagen estaba tallada en mármol negro, y cuando doña Miguela la vio en su hornacina, alta y oscura, y casi oculta por una barandilla dorada, le pareció que su tez era hermosa, y que brillaba con dulzura. Y su corazón se llenó de esperanza.

Allí se hallaba la poderosa reina del cielo; allí estaba la bondadosa madre María; allí estaba la madre afligida que entendía toda tristeza; allí estaba una que no permitiría que se le arrebataste a su padre.

Allí hallaría ayuda. Tan sólo tendría que arrodillarse y contarle sus cuitas para que la Virgen negra acudiese en su asistencia.

Mientras rezaba sintió con certeza que don Fernando estaba ya en aquel momento cambiando de parecer. Cuando regresase a casa, se dirigiría a ella y le diría que podía quedarse con su padre.

Era de mañana tres semanas después.

Doña Miguela salió del palacio de verano para ir a misa temprana; pero antes de dirigirse a la iglesia, fue a la tienda

de doña Elisa para comprar un cirio. Era tan temprano que se había temido que la tienda no estuviera abierta; pero lo estaba, y ella estaba contenta de poder llevarle un regalo a la Virgen negra.

La tienda estaba vacía cuando doña Miguela llegó, y empujó la puerta hacia delante y tiró de ella hacia atrás para que sonara la campana y llamar a doña Elisa. Al fin acudió alguien, pero no era doña Elisa; era un joven.

Aquel joven era Cayetano, a quien doña Miguela apenas conocía. Pues Cayetano había oído tanto acerca de ella que temía conocerla, y cada vez que había llegado a ver a doña Elisa se había encerrado en su taller. Doña Miguela sólo sabía de él que iba a dejar Diamante, y que estaba siempre tallando imágenes sagradas para que doña Elisa tuviera algo que vender mientras él ganaba grandes fortunas lejos en la Argentina.

Cuando vio a Cayetano, lo halló tan atractivo que le puso contenta mirarlo. Estaba llena de ansiedad, como un animal al que dan caza, pero ninguna preocupación en el mundo podría impedirle sentir alegría a la vista de algo tan hermoso.

Se preguntó dónde lo habría visto antes, y recordó que había visto su rostro en la maravillosa colección de cuadros de su padre en el palacio de Catania. Allí no vestía una blusa de trabajo; tenía un negro sombrero de fieltro con largas, blancas plumas fluidas, y un amplio collar de encaje sobre un abrigo de terciopelo. Y había sido retratado por el gran maestro Van Dyck.

Doña Miguela le pidió a Cayetano un cirio, y él empezó a buscar uno. Y entonces, extrañamente, Cayetano, que veía la pequeña tienda cada día, pareció ser un extraño en ella. Buscó la vela de cera en los cajones de los rosarios y en las cajitas de medallones. No pudo encontrar nada, y se impacientó tanto que revolvió los cajones y rompió las cajas. La destrucción y el desorden fueron terribles. Y le causarían una verdadera pena a doña Elisa cuando regresara a casa.

Pero a doña Miguela le gustó ver cómo se despejó el denso pelo de su rostro, y cómo sus ojos del color del oro resplandecían como el vino amarillo cuando el sol brilla a su través. Era un consuelo ver a alguien tan hermoso.

Entonces doña Miguela pidió perdón a los nobles caballeros a los que el gran Van Dyck había pintado. Pues a menudo les había dicho: “Ah, señor, habéis sido hermoso, pero jamás podríais haber sido tan oscuro, tan pálido y tan melancólico. Y no poseíais tales ojos de fuego. Todo eso lo ha puesto en vuestro rostro el maestro que os pintó”. Pero cuando doña Miguela vio a Cayetano halló que todo aquello podía estar en un rostro, y que el maestro no había tenido que añadir nada. Por ello le pidió perdón a los nobles y viejos caballeros.

Al fin Cayetano encontró las alargadas cajas con velas que estaban bajo el mostrador, donde siempre habían estado. Y le dio la vela, pero no sabía cuánto costaba, y le dijo que podía venir más tarde a pagarla. Cuando ella le pidió algo con lo que envolverla se hallaba en tal aprieto que tuvo que ayudarle a buscarlo.

La afligió que un hombre así tuviera que pensar en viajar a Argentina.

Dejó a doña Miguela envolver el cirio y la miró mientras lo hacía. Ella deseó haberle podido pedir que no la mirara, ahora que su rostro reflejaba tan sólo miseria y desesperanza.

Cayetano no había estudiado sus rasgos más que un momento cuando se subió de pronto a una escalerita, alcanzó una imagen del estante más alto, y retornó para dársela. Se trataba de un pequeño ángel bañado en oro y pintado, un pequeño san Miguel luchando con su némesis, al que había creado con papel y guata.

Se lo entregó a doña Miguela y le rogó que lo aceptase. Quería regalárselo, dijo, porque era el mejor que jamás había tallado. Estaba tan seguro de que tenía más poder que el resto de imágenes que lo había apartado en el estante superior,

para que nadie pudiera verlo y comprarlo. Le había prohibido a doña Elisa venderlo excepto a alguien que tuviera una gran tristeza. Y ahora doña Miguela se lo llevaría.

Ella dudó. Le halló casi demasiado atrevido.

Pero Cayetano le rogó que mirase cuán bien tallada estaba la imagen. ¿Había visto que las alas del arcángel estaban erizadas de ira, y que Lucifer apretaba sus garras en la greba de acero que cubría su pierna? ¿Había visto cómo san Miguel manejaba su lanza, y cómo fruncía el ceño y apretaba los labios?

Deseó depositar la pequeña imagen en su mano, pero ella la apartó suavemente. Había visto que era hermosa y vivaz, dijo, pero sabía que no podía ayudarla. Le agradecía el regalo, pero no podía aceptarlo.

Seguidamente Cayetano agarró la imagen y la envolvió en papel y la devolvió a su lugar.

Y no habló con ella hasta que estuvo envuelta y la hubo apartado.

Entonces le preguntó por qué había ido a comprar cirios si no era creyente. ¿Quería decir que no creía en san Miguel? ¿No sabía acaso que era el más poderoso de los ángeles, y que fue él quien derrotó a Lucifer y le arrojó en el Etna? ¿No creía que fuera cierto? ¿No sabía que san Miguel perdió una pluma de sus alas en la lucha, y que se halló en Caltanissetta? ¿Lo sabía o no? ¿O a qué se refería con que san Miguel no sería capaz de ayudarla? ¿Pensaba que ninguno de los santos podía ayudarla? ¡Y él, que estaba todo el día en su taller tallando santos! – ¿acaso haría algo semejante si no hubiera en ello bondad? ¿Le creía un impostor?

Pero mientras doña Miguela creía tan firmemente como Cayetano, pensó que su discurso era injusto, y le irritó la discrepancia.

“A veces sucede que los santos no ayudan”, le dijo. Y cuando Cayetano se mostró incrédulo, a ella le poseyó un deseo incontrolable de convencerle, y le dijo que alguien le

había prometido en nombre de la Virgen que, si le era fiel como esposa a don Fernando, su padre disfrutaría una vejez libre de preocupaciones.

Pero ahora su marido quería poner a su padre en una hermandad, que era tan miserable como un cotarro y tan estricta como una prisión. Y la Virgen no lo había evitado; sucedería en ocho días.

Cayetano la escuchó con la mayor seriedad, lo cual la indujo a confiarle toda la historia.

“Doña Miguela”, dijo, “debes dirigirte a la Virgen negra en la catedral”.

“¿Piensas que no le he rezado?”

Cayetano se ruborizó y dijo casi con ira: “¿No dirás que te has dirigido en vano a la Virgen negra?”

“Le he rezado en vano estas últimas tres semanas – le he rezado, le he rezado”.

Cuando doña Miguela habló de ello, apenas pudo respirar. Quería lamentarse de sí misma porque había esperado ayuda cada día, y cada día se había decepcionado; aun así no había sabido hacer nada mejor que reanudar sus oraciones. Y se veía en su rostro que su alma revivía una y otra vez lo que había sufrido, cuando cada vez había esperado una respuesta a sus plegarias, mientras transcurrían los días.

Pero Cayetano estaba impasible; permaneció sonriente, y tamborileó en una de las fundas de vidrio que había en el mostrador.

“¿Sólo le has rezado a la Virgen?” dijo.

¡Sólo le he rezado, sólo le he rezado! Pero también le había prometido apartarse de todo pecado. Había ido a la calle donde residió por primera vez y cuidó de una mujer enferma con la pierna ulcerada. Jamás pasaba junto a un mendigo sin dar limosna.

¡Rezado tan sólo! Y le dijo que si la Virgen hubiese tenido el poder de ayudarla, debería haberse quedado satisfecha con sus oraciones. Había pasado sus días en la catedral. Y la

angustia, la angustia que la torturaba, ¿no contaba ésta acaso?

Él únicamente se encogió de hombros. ¿No había probado algo diferente?

¡Diferente! Si no había nada en el mundo que no hubiese probado. Había ofrendado corazones de plata y cirios. Su rosario jamás abandonaba su mano.

Cayetano la irritó. No consideraba nada de lo que había hecho; tan sólo preguntaba: “¿Nada más? ¿Nada más?”

“Pero deberías entenderlo”, dijo ella. “Don Fernando no me da mucho dinero. No puedo hacer más. Al fin he conseguido obtener un poco de seda y tela para un corporal. ¡Deberías entenderlo!

Pero Cayetano, quien tenía un trato diario con los santos, y conocía el poder y el entusiasmo descontrolado que les había llenado cuando habían obligado a Dios a obedecer sus plegarias, se rió desdeñosamente de doña Miguela, quien pensaba que podía subyugar a la Virgen con cirios y corporales.

Lo entendía muy bien, replicó. Todo estaba claro para él. Siempre sucedía igual con aquellos miserables santos. Todos les pedían ayuda, pero pocos entendían qué debía hacerse para que sus plegarias les fueran concedidas. Y entonces la gente decía que los santos no tenían poder. Todos a los que se ayudó sabían de qué modo debía orarse.

Doña Miguela levantó la vista con impaciente esperanza. Había tal fuerza y convicción en las palabras de Cayetano que empezó a creer que le enseñaría las verdaderas palabras salvíficas.

Cayetano tomó la vela que estaba frente a ella en el mostrador y la metió de nuevo en la caja, y le dijo lo que había de hacer. Le prohibió darle a la Virgen regalo alguno, o rezarle, o hacer cosa alguna por los pobres. Le dijo que haría pedazos su corporal si le cosía otro punto.

“Muéstrale, doña Miguela, que te importa”, dijo, y fijó su mirada en ella con convincente fuerza. “Por Dios, debes ser

capaz de encontrar algo que hacer, de enseñarle que esto es serio, y no un juego. Debes ser capaz de mostrarle que no vivirás si no se te ayuda. ¿Piensas continuar siéndole fiel a don Fernando si envía lejos a tu padre? Sé que sí. Si la Virgen no tiene necesidad de temer lo que vas a hacer, ¿por qué habría de ayudarte?”

Doña Miguela retrocedió. Él salió de detrás del mostrador rápidamente y la agarró de la manga de su abrigo.

“¿Entiendes? Le has de enseñar que puedes echarte a perder a ti misma si no se te presta ayuda. Te arrojarás al pecado y a la muerte si no obtienes lo que deseas. Esta es la manera de forzar a los santos”.

Ella se deshizo de él y se marchó sin decir palabra. Corrió hacia la calle en espiral, llegó a la catedral y se postró aterrorizada ante el altar de la Virgen negra.

Aquello ocurrió la tarde del sábado, y a la noche del domingo doña Miguela volvió a ver a Cayetano. Pues había una hermosa luz de luna, y en Diamante es costumbre en las noches con luz de luna que todos dejen sus hogares y salgan a la calle. Tan pronto como los habitantes del palacio de verano hubieron salido de la puerta se encontraron con sus conocidos. Doña Elisa había tomado el brazo del caballero Palmeri, y el síndico Voltaro se había reunido con don Fernando para discutir las elecciones; pero Cayetano fue hasta doña Miguela porque deseaba escuchar si había seguido su consejo.

“¿Has parado de coser el corporal?” dijo.

Pero doña Miguela replicó que durante todo el día anterior había estado cosiéndolo.

“Entonces tú eres la que sabe lo que hace, doña Miguela”.

“Sí, ya no hay remedio, don Cayetano”.

Ella consiguió que se mantuvieran apartados de los otros, puesto que había algo de lo que quería hablar con él. Y cuando llegaron a la Porta Etnea, salieron a través del portal y fueron por las sendas que serpentean bajo los bosquecillos de palmeras de Monte Claro.

No podrían haber caminado por las calles llenas de gente. Doña Miguela habló de tal modo que el pueblo de Diamante la habría lapidado si la hubiese escuchado.

Le preguntó a Cayetano si había visto alguna vez a la Virgen negra en la catedral. Ella no la había visto hasta ayer. Quizá la Virgen se había situado a sí misma en un rincón muy oscuro de la catedral para que nadie pudiera verla. Era muy negra y tenía una barandilla frente a ella. Nadie podía verla.

Pero aquel día doña Miguela la había visto. Aquel día la Virgen había tenido una festividad, y la habían movido de su nicho. El suelo y las paredes de su capilla se habían cubierto de blancas flores de almendro, y ella misma había descendido sobre el altar, alto y oscuro, envuelta en blanca gloria.

Pero cuando doña Miguela vio la imagen se llenó de desesperación; puesto que la imagen no era de una Virgen. No, no le había rezado a ninguna Virgen. “¡Oh, qué vergüenza, qué vergüenza!” Era simplemente una vieja diosa pagana. Tenía un yelmo, no una corona; no tenía a ningún niño en sus brazos; tenía un escudo. Era una Palas Atenea. No una Virgen. ¡Oh, no; oh, no!

Era muy de la gente de Diamante el adorar una imagen así. ¡Era muy propio de ellos instalar semejante blasfemia y adorarla! ¿Sabía cuál era la peor desgracia? La Virgen era muy fea. Estaba desfigurada, y jamás había sido una obra de arte. Era tan fea que uno no podía soportar mirarla.

¡Y haber sido engañada por todas las miles de ofrendas votivas que colgaban en la capilla; haber sido embaucada por todas las leyendas acerca de ella! ¡Haber malgastado tres semanas orándole! ¿Por qué no había recibido ayuda? No era una Virgen, no era una Virgen.

Caminaron por el camino de la muralla que rodea Monte Claro. El mundo entero era blanco en derredor. Una blanca niebla engalanaba la base de la montaña, y los almendros en el Etna eran blancos también. A veces pasaban bajo un

almenbro, que les abovedaba con sus refulgentes ramas, tan densamente cubiertas de flores como si hubieran sido sumergidas en un baño de plata. La luz de la luna brillaba tan intensamente sobre la tierra que todo era despojado de su color y devenía blanco. Parecía casi extraño que no pudiera sentirse, que no calentara, que no deslumbrase la vista.

Doña Miguela se preguntó si era la luz de la luna la que había subyugado a Cayetano, evitando que la agarrase y la arrojase a lo hondo del Simeto cuando maldijo a la Virgen negra.

Él caminaba silenciosa y calladamente a su lado, pero ella temía lo que pudiera hacer. A pesar de su miedo, no podía quedarse callada.

Lo que aún tenía que decir era lo más espantoso de todo. Dijo que había intentado durante todo el día pensar en la Virgen verdadera, y que había recordado en su mente todas las imágenes que de ella había visto nunca. Pero había sido en vano, porque tan pronto como pensaba en la resplandeciente reina del cielo, la antigua diosa negra acudía y se ponía en medio. La veía venir como una enjuta y oficiosa criada vieja, y permanecer frente a la gran reina del cielo, de modo que para ella no existía ya la Virgen. Ella creía que ésta estaba enfadada con ella porque había hecho tanto por la otra, y que le ocultaba su faz y su gracia. Y, debido a la falsa Virgen, su padre debía ahora sufrir infortunio. Ahora nunca se le permitiría mantenerlo en casa. Ahora jamás ganaría su perdón. ¡Dios mío, Dios mío!

Y todo aquello le dijo a Cayetano, quien honraba a la Virgen negra de Diamante más que a nada en el mundo.

Se aproximó a doña Miguela y ella temió que fuera su última hora. Dijo ella con voz débil, como excusándose: “Estoy loca. La pena me está volviendo loca. Ya no duermo”.

Pero el único pensamiento de Cayetano había sido que era una chiquilla, y que aún no entendía en absoluto como enfrentar la vida.

Apenas supo él mismo lo que estaba haciendo cuando la atrajo suavemente y la besó, pues se había extraviado tanto y era una niña muy desamparada.

Ella estaba tan abrumada de asombro que ni siquiera pensó en evitarlo. Y tampoco gritó ni salió corriendo. Entendió al momento que él la había besado como hubiera hecho con un niño. Aquel beso le había hecho sentir cuán desamparada y abandonada estaba, y cuánto anhelaba a alguien fuerte y bueno que la cuidase.

Era terrible que, aunque tenía tanto padre como marido, hubiera de estar tan desamparada que aquel extraño sintiera la necesidad de tenerle simpatía.

Cuando Cayetano la vio temblar y sollozar en silencio, sintió que él también comenzaba a temblar. Una emoción fuerte y violenta se apoderó de él.

Se acercó de nuevo a ella y posó la mano en su brazo. Y su voz, cuando habló, no era alta y clara; era profunda y atragantada de emoción.

“¿Vendrás conmigo a Argentina si la Virgen no te ayuda?”

Entonces doña Miguela le apartó de sí. Sintió de pronto que él ya no le hablaba como si fuera una niña. Se volvió y retornó al pueblo. Cayetano no la siguió; se quedó quieto en la senda donde la había besado, y pareció como si jamás pudiera abandonar aquel lugar.

Durante dos días Cayetano soñó con doña Miguela, pero al tercero fue al palacio de verano a hablar con ella.

La halló en la terraza ajardinada, e instantáneamente le dijo que debía escapar con él.

Lo había concebido desde que se separaron. Había permanecido en su taller considerando todo lo que había sucedido, y ahora todo estaba claro para él.

Era ella una rosa que el potente siroco había arrancado de su tallo y remolinado bruscamente por el aire, para que pudiera hallar un descanso y protección mucho mejores en

un corazón que la amase. Debía entender que Dios y todos los santos querían y deseaban que se amaran el uno al otro, de otro modo todas aquellas desgracias no la hubieran llevado junto a él. Si la Virgen rechazaba ayudarla, era porque quería liberarla de su promesa de fidelidad a don Fernando. Pues todos los santos sabían que ella le pertenecía a él, a Cayetano. Ella fue creada para él; para él había crecido; por él estaba viva. Cuando la besó en la senda a la luz de la luna fue como si una niña perdida hubiera vagado largo tiempo por el desierto y ahora por fin hubiese llegado a la puerta de su hogar.

Por tanto no podía dejarla atrás. Debía irse junto a él; ¡debía hacerlo, debía hacerlo!

No se arrodilló ante ella. De pie le habló con las manos en puño y ojos ardientes. No le pidió sino que le ordenó que fuera con él, pues era suya.

No era un pecado llevársela; era su deber. ¿Qué sería de ella si la abandonaba?

Doña Miguela le escuchó sin moverse. Se sentó callada durante largo tiempo, incluso después de que hubiera hablado.

“¿Cuándo te vas?” preguntó finalmente.

“Dejo Diamante el sábado”.

“¿Y de dónde parte el vapor?”

“Parte el domingo por la noche desde Mesina”.

Doña Miguela se levantó y anduvo hacia las escaleras de la terraza.

“Mi padre ha de ir a Catania el sábado”, dijo. “Le pediré a don Fernando que se me permita marchar con él”. Bajó algunos peldaños, como si no quisiera decir nada más. Entonces se detuvo. “Si te encuentras conmigo en Catania, iré contigo adonde quieras”.

Se apresuró a bajar los escalones. Cayetano no trató de detenerla. Vendría el tiempo en el que no intentaría huir de él. Sabía que ella no podía evitar amarle.

Doña Miguela pasó toda la tarde del viernes en la ca-

tedral. Se había llegado a la Virgen y arrojado ante ella con desesperación. “¡Oh, Virgen mía, Virgen mía! ¿Seré mañana una esposa fugitiva? ¿Tendrá el mundo derecho a decir de mí cualquier maldad imaginable?” Todo le parecía igualmente terrible. Le consternaba el pensamiento de huir con Cayetano, y no sabía cómo podía quedarse con don Fernando. Odiaba a uno tanto como al otro. Ninguno de los dos parecía capaz de ofrecerle otra cosa que infelicidad.

Vio que la Virgen no le ayudaría. Y ahora se preguntaba si verdaderamente no supondría una mayor miseria irse con Cayetano que quedarse con don Fernando. ¿Valía la pena arruinarse para vengarse de su marido?

Sufría una gran angustia. Una intranquilidad devoradora la había arrastrado toda la semana. Lo peor de todo era que no podía dormir. Ya no pensaba razonablemente ni con claridad.

Una vez y otra volvió a sus plegarias. Pero entonces pensó: “La Virgen no puede ayudarme”. Y, así, paró.

Entonces se puso a pensar en los días de sus pretéritas tristezas, y recordó la pequeña imagen que le había ayudado una vez, cuando había estado tan desesperada como ahora.

Se volvió con impaciencia apasionada hacia el pobre niño pequeño. “¡Ayúdame, ayúdame! Ayuda a mi pobre padre, y ayúdame a que no me tienten la ira y la venganza”

Cuando se acostó aquella noche estaba aún atormentada y apesadumbrada. “Si pudiera al menos dormir una hora”, dijo, “sabría lo que quiero”.

Cayetano iba a iniciar su viaje temprano, a la mañana siguiente. Al fin ella decidió hablar con él antes de que partiese, y decirle que no podía acompañarle. No podría soportar que se la considerase como una mujer deshonrada.

Apenas había decidido aquello cuando cayó dormida. No se despertó hasta que el reloj dio las nueve a la mañana siguiente. Y para entonces Cayetano ya se había marchado. No le pudo decir que había cambiado de parecer.

Pero tampoco pensó en ello. Mientras dormía algo nuevo y extraño se había acercado a ella. Le pareció que durante la noche había vivido en el cielo y estaba llena de dicha.

¿Qué santo existe que haga más por el hombre que san Pascual? ¿No os ocurre que estando en algún lugar solitario en la llanura o en el bosque o bien habláis mal de alguien o planeáis alguna locura? Por favor daos cuenta de que justo mientras estáis hablando y hablando escucháis un ruido cercano, y miráis alrededor para ver si alguien ha lanzado una piedra. No sirve de nada buscar por mucho tiempo a quien ha arrojado la piedra. Viene de san Pascual. Tan cierto como que hay justicia en el cielo, fue san Pascual quien os escuchó diciendo maldades, y lanzó una de sus piedras como advertencia.

Y nadie que no guste de ser molestado en sus inicuas maquinaciones puede consolarse con el pensamiento de que las piedras de san Pascual se acabarán pronto. No se acabarán en absoluto. Hay tantas que durarán hasta el último día del mundo. Puesto que cuando vivió san Pascual aquí en la tierra, ¿sabéis por casualidad lo que hizo, sabéis en qué pensó más que en otra cosa? San Pascual prestó atención a todas las pequeñas piedrecitas que yacían en su camino, y las recogió en su bolsa. Tú, señor, apenas te detendrás a recoger un sueldo, pero san Pascual recogió cada piedrecita, y cuando murió se las llevó todas al cielo, y allí se sienta ahora, y las arroja a cualquiera que piense en cometer alguna locura.

Pero no es ésta para nada la única utilidad que san Pascual tiene para el hombre. Él es, también, aquel que advierte a quien ha de casarse, o a quien va a morir; e incluso da señal con algo más que piedras. Una noche la vieja madre Saraedda en Randazzo se sentaba junto al lecho de su hija enferma y se quedó dormida. La hija yacía inconsciente y a punto de morir, y nadie podía llamar al sacerdote. ¿Cómo se despertó la madre a tiempo? ¿Cómo se despertó de modo que pudiera enviar a su marido a casa del sacerdote?



Detalle de *San Pascual Baylón adorando el Santísimo Sacramento*,  
por Claude François (1615–1685)

No por otra cosa que una silla, que comenzó a mecerse de atrás hacia delante, y a crujir y chirriar, hasta que la despertó. Y fue san Pascual quien lo hizo. ¿Quién, además de san Pascual, existe para concebir algo así?

Hay una cosa más que decir respecto a san Pascual. Era acerca del gran Cristóbal de los Castagni. No era un mal hombre, pero tenía una mala costumbre. No podía abrir la boca sin maldecir. No podía decir dos palabras sin que una de ellas fuera una palabrota. ¿Y pensáis que le hizo algún bien que su esposa y vecinos le amonestasen? Mas sobre su cama tenía una pequeña imagen que representaba a san Pascual, y la pequeña imagen consiguió ayudarle. Cada noche se mecía de atrás hacia adelante en su marco, se mecía lenta o rápidamente, dependiendo de cuánto hubiera maldecido durante el día. Y descubrió que no podía dormir ni una noche hasta que cesara de maldecir.

San Pascual tiene una iglesia en Diamante, que se halla a las afueras de la Porta Etnea, en un lugar más somontano. Es bastante pequeña y pobre, pero los blancos muros y el rojo techo se yerguen bellamente ceñidos por una arboleda de almendros.

Así, tan pronto como en primavera florecen los almendros, la iglesia de san Pascual deviene la más hermosa de Diamante. Pues las ramas en flor se arquean sobre ella, densamente cubiertas de blancas flores relucientes, como el más hermoso vestido.

La iglesia de san Pascual es muy miserable y está desierta, puesto que no hay servicio que pueda celebrarse en ella. Ya que cuando los garibaldistas que liberaron Sicilia llegaron a Diamante acamparon en la iglesia de san Pascual y en el monasterio franciscano adyacente. Y en la misma iglesia estabularon bestias salvajes, y llevaron una vida tan indómita de mujeres y juego que desde entonces se la ha considerado profanada e impura, y jamás se ha abierto al servicio divino desde aquel tiempo.

Por tanto es sólo cuando los almendros están en flor que los extranjeros y la gente elegante prestan atención a san Pascual. Pues aunque la mayor parte de las laderas del Etna están entonces blancas de flores de almendro, los mayores y más exuberantes árboles se yerguen alrededor de la vieja y condenada iglesia.

Pero los pobres de Diamante van a san Pascual durante todo el año. Ya que aunque la iglesia está siempre cerrada, la gente acude para recibir consejo del santo. Hay una imagen de él bajo un gran dosel de piedra justo a la entrada, y la gente acude a preguntarle acerca del futuro. Nadie puede predecir el futuro mejor que san Pascual.

Ocurrió que la misma mañana en que Cayetano abandonó Diamante las nubes habían venido bajando desde el Etna, tan densas como si hubieran sido polvareda de huestes innumerables, y ocuparon el aire como dragones de alas oscuras, y vomitaron lluvia, y alentaron nieblas y oscuridad. Se espesó tanto el cielo sobre Diamante que uno apenas podía ver el otro lado de la calle. La humedad goteaba por todas partes; el pavimento estaba tan húmedo como las techumbres, las jambas y balaustradas estaban cubiertos de gotas, la niebla se movió hacia los corredores y las habitaciones; uno pensaba que estaban llenos de humo.

Aquella misma mañana, a una hora más temprana, antes de que la lluvia hubiera comenzado, una rica dama inglesa emprendió la ruta alrededor del Etna en su gran carruaje de viaje. Pero cuando hubo conducido durante algunas horas empezó a llover terriblemente, y todo se envolvió en nieblas. Comoquiera que no quiso perderse la contemplación de la hermosa región por la que viajaba, determinó conducir hasta el pueblo más cercano y parar allí hasta que amainara la tormenta. Aquel pueblo era Diamante.

La inglesa era una cierta señorita Tottenham, y era ella quien se había mudado al palacio Palmeri en Catania. Entre el resto de cosas que había traído con ella en sus baúles se

encontraba la imagen de Cristo, cuya intercesión doña Miguela había invocado la noche anterior. Puesto que siempre llevaba consigo aquella imagen, que estaba ahora envejecida y maltratada, en memoria de una vieja amiga que le había donado sus riquezas.

Parecía como si san Pascual hubiera sabido cuán gran obradora de milagros era aquella imagen, pues fue como si quisiera saludarla. Justo cuando la calesa de viaje condujo pasada la Porta Etnea, las campanas comenzaron a repicar en la iglesia de san Pascual.

Continuaron repicando todo el día por sí mismas.

Las campanas de san Pascual no son mucho más grandes que aquellas que se usan en las granjas para llamar a los trabajadores a casa; y como ellas se cuelgan bajo el techo en un pequeño yugo, y se ponen en movimiento estirando una cuerda que pende del muro de la iglesia.

No es un trabajo arduo el hacerlas sonar, mas sin embargo no son tan ligeras como para que se balanceen por sí mismas. Cualquiera que haya visto al viejo fray Félix del monasterio franciscano poner su pie en el lazo de la cuerda y tirar de ella para comenzar a bandearlas, sabe bien que las campanas no pueden empezar a sonar sin ayuda.

Pero eso es precisamente lo que estaban haciendo aquella mañana. La cuerda estaba atada a un listón en el muro y no había nadie tocándola. Ni nadie se agachó en el tejado para que empezaran a moverse. La gente vio claramente cómo las campanas se balanceaban, y cómo los badajos golpeaban las bronceadas gargantas. No podía explicarse.

Cuando doña Miguela se despertó, las campanas ya estaban sonando, y permaneció callada por largo tiempo, y escuchó y escuchó. Jamás había escuchado nada tan hermoso. No sabía que era un milagro, pero se quedó allí pensando cuán bello era. Se quedó preguntándose si unas campanas de bronce reales podían sonar así.

Nadie sabrá jamás qué metal sonó aquel día en las cam-

panas de san Pascual.

Ella pensó que las campanas le habían dicho que ahora había de alegrarse; ahora había de vivir y amar; ahora iba a encontrarse con algo grande y hermoso; ahora iba para siempre a dejar de tener remordimientos y estar triste.

Entonces su corazón empezó a bailar en una suerte de ritmo majestuoso, y ella marchó solemnemente al compás de las campanas hasta un gran castillo. ¿Y a quién podría pertenecer aquel castillo, quién podría ser el dueño de un lugar tan hermoso, sino el amor?

No podía ocultarse más: cuando doña Miguela se despertó sintió que amaba a Cayetano, y que no deseaba otra cosa que ir junto a él.

Cuando doña Miguela descorrió la cortina de la ventana y vio la mañana gris, lanzó un beso al aire y susurró: “Tú, que eres la mañana del día en el que voy a partir, tú eres la mañana más hermosa que he visto jamás; y gris como eres te besaré y te acariciaré”.

Pero le deleitaron aun más las campanas.

Por esto sabréis que su amor era intenso, pues para todos los demás era una tortura oír aquellas campanas, que no paraban de sonar. Nadie preguntó sobre ellas durante la primera media hora. Durante la primera hora la gente apenas oyó repique alguno, ¡pero durante la segunda y la tercera!

Nadie creería que las pequeñas campanas de san Pascual no podían hacerse oír. Siempre suenan fuertemente y su tañido parecía hacerse más y más intenso. Pronto sonó como si la niebla estuviera llena de campanas; como si del cielo colgasen multitud de ellas, aunque nadie pudiera verlas debido a las nubes.

Cuando doña Elisa oyó por primera vez el sonido pensó que era la pequeña campana de san José, y después que era la campana de la misma catedral. Entonces pensó que había oído repicar la campana del monasterio dominico, y al fin estuvo segura de que todas las campanas del pueblo doblaban y

doblaban todo lo que podían, todas las campanas en los cinco monasterios y las siete iglesias. Pensó que las reconocía todas, hasta que al final preguntó y escuchó decir que sólo eran las pequeñas campanas de san Pascual las que sonaban.

Durante las primeras horas, y antes de que generalmente se supiera que las campanas estaban sonando por sí mismas, la gente se dio cuenta de que las gotas de lluvia caían acompañadas con el sonido de las campanas, y que todo el mundo hablaba con una voz metálica. La gente también se dio cuenta de que era imposible tocar la mandolina y la guitarra, porque las campanas se mezclaban con la música y la hacían ensordecedora; nadie podía tampoco leer, puesto que las letras se mecían de atrás hacia delante como badajos, y las palabras adquirían voz, y se leían a sí mismas muy audiblemente.

Pronto la gente no pudo soportar el ver flores de largos tallos, porque pensaban que se balanceaban de un lado a otro. Y se quejaron de que emanaban sonido en vez de aroma.

Otros insistieron en que la niebla que flotaba a través del aire se movía al compás del sonido de las campanas, y dijeron que todos los péndulos se ajustaban a él, y que cada uno que pasaba bajo la lluvia intentaba hacer lo mismo.

Y aquello sucedía cuando las campanas sólo habían sonado un par de horas, y cuando la gente aún se reía de ellas.

Pero a la tercera hora el sonido pareció incrementarse más, y entonces algunos se metieron algodones en los oídos, mientras otros se enterraban bajo almohadas. Pero sentían con idéntica claridad cómo el aire vibraba con los golpes, y pensaban que percibían cómo se movía todo al mismo ritmo. Aquellos que huyeron a un ático oscuro se encontraron con que el sonido de las campanas era allá claro y vibrante, como si vinieran del cielo; y aquellos que habían huido a un sótano las oyeron tan alto y tan ensordecedoras como si la iglesia de san Pascual estuviera bajo tierra.

Todos en Diamante comenzaron a aterrorizarse excepto doña Miguela, a quien el amor protegía del miedo.

Y la gente empezó a pensar que debía tener algún sentido, pues eran las campanas de san Pascual las que sonaban. Todos empezaron a preguntarse qué vaticinaba el santo. Cada uno tenía sus propios miedos, y creía que san Pascual le amonestaba por lo que más temía. Cada cual tenía una obra que recordaba en su conciencia, y ahora pensaba que san Pascual hacía resonar un castigo para él.

Hacia mediodía, cuando las campanas aún sonaban, todos estaban seguros de que san Pascual estaba repicando una desgracia tal sobre Diamante que podían esperar morirse aquel mismo año.

La preciosa Juanita llegó aterrorizada y llorando junto a doña Miguela, y se lamentaba de que fuera san Pascual quien tañía. “¡Dios, Dios, si hubiera sido otro que san Pascual!”

“Él ve que algo terrible se aproxima”, dijo Juanita. “La niebla no le impide ver tan lejos como quiere. ¡Contempla cómo una flota enemiga se aproxima en la bahía! ¡Ve que caerá sobre nosotros una nube de cenizas que se alzarán desde el Etna y nos enterrarán!”

Doña Miguela sonrió, y pensó que sabía qué estaba pensando san Pascual. “Está tañendo un repiquete de resurrección para los hermosos almendros en flor, que la lluvia ha destruido”, le dijo a Juanita.

No dejó que nadie le asustase, pues creía que las campanas doblaban sólo para ella. Meciéndola la hicieron soñar. Se sentó muy quieta en la sala de música y dejó que reinase el júbilo en sus adentros. Pero todo a su alrededor era miedo, ansiedad e intranquilidad.

Nadie podía sentarse a trabajar. Nadie podía pensar en otra cosa que en el gran horror que vaticinaba san Pascual.

La gente empezó a dar a los mendigos más regalos de los que jamás había dado; pero los mendigos no se alegraron, porque no creían que sobrevivirían al mañana. Y los sacerdotes no podían alegrarse, aunque tenían tantos penitentes que debían sentarse en el confesionario todo el día, y aunque se

acumulaba ofrenda tras ofrenda en el altar del santo.

Ni siquiera Vicente de Lozzo, el escritor de cartas, se alegraba del día, aunque la gente asediaba su escritorio bajo la galería del juzgado, y estaba más que dispuesta a pagarle un sueldo por palabra, si le era posible escribir tan sólo una línea de despedida en aquel su último día a sus lejanos seres queridos.

No se pudo abrir la escuela aquel día, pues los niños gritaban todo el tiempo. Las madres llegaron a mediodía, con los rostros rígidos de terror, y se llevaron a casa a sus pequeños, para que pudieran al menos estar juntos en la desgracia.

Los aprendices en las sastrerías y las zapaterías tuvieron fiesta. Pero los pobres chicos no se atrevieron a disfrutarla; prefirieron sentarse en sus puestos en los talleres, y esperar.

A la tarde aún continuaba el repicar.

Entonces el viejo portero del palacio Geraci, donde no vive nadie ya sino mendigos, y que es él mismo un mendigo, y viste los harapos más miserables, fue a ponerse la librea de terciopelo verde pálido que sólo viste en las festividades de los santos y en el cumpleaños del rey. Y nadie pudo verlo sentado en la entrada vestido de tal guisa sin tener escalofríos de miedo, pues la gente entendió que el viejo no esperaba sino a la destrucción entrar por la puerta que guardaba.

Era espantoso cómo la gente se atemorizaba entre sí.

El pobre Torino, quien había sido una vez un hombre con posibles, fue de casa en casa y gritó que había llegado el tiempo en que todos aquellos que le habían engañado y arruinado tendrían su castigo. Fue por todas las pequeñas tiendas a lo largo del Corso y golpeó el mostrador con la mano, diciendo que ahora todos y cada uno en el pueblo tendrían su castigo, porque todos habían conspirado para engañarle.

Era también terrorífico oír el juego de cartas en el Café Europa. Allí los mismos cuatro habían jugado año tras año en la misma mesa, y nadie había pensado jamás que podrían hacer algo diferente. Pero ahora habían dejado caer de súbito

sus cartas, y se habían prometido que si sobrevivían al horror de aquel día jamás volverían a tocarlas.

La tienda de doña Elisa estaba llena de gente; a fin de apaciguar a los santos y evitar la amenaza, compraron todos los objetos sagrados que tenía a la venta. Pero doña Elisa pensó sólo en Cayetano, quien se hallaba lejos, y creyó que san Pascual le estaba advirtiéndole de que se perdería durante el viaje. Y no halló placer en el dinero que estaba ganando.

Cuando las campanas de san Pascual continuaron sonando durante toda la tarde la gente apenas pudo contenerse.

Pues ahora sabían que lo que vaticinaban era un terremoto, y que todo Diamante sería destruido.

En los callejones, donde las mismas casas parecían temerse un terremoto, y se acurrucaban juntas para apoyarse entre sí, la gente sacó su viejo mobiliario miserable a la calle bajo la lluvia, y extendió por encima cubrecamas a modo de tienda. E incluso llevaron a sus niños pequeños en sus cunas, y amontonaron cajas sobre ellos.

A pesar de la lluvia, había tal multitud en el Corso que era casi imposible atravesarlo. Pues cada cual estaba intentando salir por la Porta Etnea para ver las campanas doblar y doblar, y convencerse de que nadie estaba tocando la cuerda -que estaba firmemente atada. Y todos los que salieron se arrodillaron sobre el camino, donde el agua discurría en corrientes y el barro era insondable.

Las puertas de la iglesia de san Pascual estaban, como siempre, cerradas, pero afuera el viejo hermano cano, fray Félix, iba con una bandeja de azófar entre aquellos que oraban, y recogía las limosnas.

Cuando le tocó el turno la gente asustada fue hacia delante hasta la imagen de san Pascual bajo el dosel de piedra, y besó su mano. Una anciana se acercó llevando cuidadosamente una cosa bajo un paraguas verde. Era una ampolla con agua y aceite, en la que flotaba un pequeño pabilo que ardía con una débil llama. La puso enfrente de la imagen y se arro-

dilló ante ella.

Aunque muchos pensaron que debían intentar amarrar las campanas, nadie se atrevió a proponerlo. Pues nadie se atrevía a silenciar la voz de Dios.

Ni se atrevió nadie a decir que podía ser aquello un ingenio del viejo fray Félix para recolectar dinero. Se amaba a fray Félix. No le iría bien a quienquiera que dijese semejantes cosas.

Doña Miguela también salió hacia san Pascual y se llevó consigo a su padre. Caminaba con la cabeza alta y sin nada de miedo. Llegó a agradecerle el haber hecho resonar una gran pasión en su alma. “Mi vida empieza hoy”, se dijo a sí misma.

Don Fernando tampoco parecía estar asustado, pero estaba malhumorado y furioso. Pues todo el mundo había tenido que acudir a él en su tienda, y decirle lo que pensaba, y escuchar su opinión, puesto que era uno de los Alagona, quienes habían gobernado el pueblo tantos años.

Durante todo el día gente aterrorizada y temblorosa fue a su tienda. Y todos se dirigían a él y le decían: “Este sonido es terrible, don Fernando. ¿Qué será de nosotros, don Fernando?”

Incluso Hugo Favara, el desabrido abogado, entró a la tienda, y cogió una silla y se sentó tras el mostrador. Y don Fernando le tuvo sentado allí todo el día, muy lívido, muy inmóvil, sufriendo la angustia más inconcebible sin pronunciar palabra.

Cada cinco minutos Torino el Martillo entraba y golpeaba el mostrador, diciendo que había llegado la hora en la que don Fernando tendría su castigo.

Don Fernando era un hombre duro, pero ya no podía escapar de las campanas más que los demás. Y cuanto más las oía, más empezaba a preguntarse por qué todos afluían a su tienda. Parecía como si tuvieran una intención particular. Parecía como si quisieran hacerle responsable del repicar y del mal que presagiaba.

No había hablado de ello con nadie, pero su mujer debió haberlo divulgado. Comenzó a creer que todos pensaban lo mismo, aunque no se atrevía a decirlo. Pensó que el abogado estaba sentado esperando a que se rindiese. Creyó que todo el pueblo había llegado a comprobar si se atrevería realmente a expulsar a su suegro.

Doña Elisa, quien tenía tanto que hacer en su propia tienda que no podía acudir, enviaba continuamente a la vieja Pacífica a preguntarle qué pensaba del sonido de las campanas. Y el sacerdote también fue a la tienda un momento y dijo, como todos los demás: “¿Había oído usted alguna vez un sonido tan terrible, don Fernando?”

A don Fernando le hubiera gustado saber si el abogado y don Mateo y todos los demás habían ido tan sólo para reprocharle que quisiera expulsar al caballero Palmeri.

La sangre empezó a agolparse en sus sienas. La sala a veces flotaba ante sus ojos. La gente llegaba continuamente y preguntaba: “¿Ha oído alguna vez un sonido tan terrible?” Pero hubo una que nunca llegó ni preguntó, y ésta era doña Miguela. No iba a ir cuando no sentía ningún miedo. Estaba simplemente encantada y orgullosa de que la pasión que había de llenar su vida entera hubiese llegado. “Mi vida va a ser grande y gloriosa”, dijo. Y estaba apesadumbrada porque hasta entonces había sido tan sólo una niña.

Viajaría en el carruaje de posta que pasaba por Diamante a las diez en punto de la noche. Hacia las cuatro, pensaba, le contaría todo a su padre, y comenzaría a hacer las maletas.

Pero aquello no le parecía difícil. Su padre iría pronto a reunirse con ella en Argentina. Ella le rogaría que fuera paciente durante algunos meses, hasta que pudieran tener un hogar que ofrecerle. Y estaba segura de que estaría contento de que le permitiese abandonar a don Fernando.

Se entró en un delicioso trance. Todo lo que le había parecido espantoso ya no se mostraba como tal. No había vergüenza, ni miedo; no, en absoluto.

Sólo anhelaba oír el traqueteo del carruaje de posta. Entonces oyó muchas voces en las escaleras que conducían desde el atrio hasta el segundo piso. Oyó muchos pasos pesados. Vio a gente transitar a través del pórtico abierto que discurría alrededor del atrio, a través del cual uno había de pasar para llegar a las habitaciones. Vio que llevaban algo pesado entre todos, pero no pudo ver qué era, pues era tal la multitud.

El abogado de rostro pálido caminó delante de los demás. Llegó y le dijo que don Fernando había querido echar a Torino de su tienda; Torino le había herido con su cuchillo. No era nada grave. Ya se le había vendado y estaría bien en una quincena.

Don Fernando fue llevado adentro, y sus ojos vagaron por la habitación, no en busca de doña Miguela sino del caballero Palmeri. Cuando lo vio, le hizo saber a su esposa sin decir palabra, sólo mediante algunos gestos, que su padre jamás tendría que abandonar su casa; nunca, jamás.

Entonces ella se frotó los ojos con las manos. ¡Qué! ¿Qué su padre no tenía que marcharse? Estaba salvada. ¡Había ocurrido un milagro para ayudarla!

¡Ah, ahora debía estar alegre, estar contenta! Pero no lo estaba. Sentía el dolor más terrible.

No podía marcharse. A su padre se le había permitido quedarse, y por lo tanto debía serle fiel a don Fernando. Se esforzó en comprenderlo. Así era. No podía marcharse.

Intentó cambiarlo de algún modo. Quizá era una falsa conclusión. Había estado muy confundida. No, no, así era, no podía. Entonces se sintió muerta de cansancio. Había viajado y viajado durante todo el día. Había llegado tan lejos en su camino. Y nunca llegaría allá. Se hundió. Le sobrevinieron letargo y debilidad. No había otra cosa que hacer sino descansar tras el viaje interminable que había hecho. Pero no podía hacerlo de ningún modo. Empezó a llorar porque jamás alcanzaría el final de su viaje. Toda su vida viajaría, viajaría, viajaría, para nunca alcanzar el final de su viaje.